

**Eduardo Torres-Cuevas**DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL  
DE CUBA JOSÉ MARTÍ**Yenifer Castro Viguera**

ESPECIALISTA EN GESTIÓN DOCUMENTAL

## Miguel Jerónimo Gutiérrez: un corazón que en fuego patrio ardía



Al abordar la historia del movimiento revolucionario en Villaclara, antes y después del estallido insurreccional del 6 de febrero de 1869, no puede soslayarse la figura de Miguel Jerónimo Gutiérrez Hurtado de Mendoza. Al respecto, afirma su biógrafo más acucioso, Luis Marino Pérez: “no fué una figura secundaria de los comienzos de la Revolución de 1868; fué una de las principales y más influyentes de aquel tiempo. Vivió solamente unos tres años después de ponerse al frente de las insurrección de Las Villas (...) seguido por más de siete mil hombres; fué muy corto, por lo tanto, el tiempo en que pudo desarrollar sus actividades, pero éstas fueron de extraordinaria importancia”.<sup>1</sup> Asimismo, tuvo una trayectoria destacada como poeta, arista de su personalidad

que se refleja en periódicos villareños de mediados del siglo XIX y, más tarde, en la prensa insurrecta.

Miguel Jerónimo Gutiérrez nació en Santa Clara, el 15 de junio de 1822. Su padre se nombraba, igualmente, Miguel Jerónimo Gutiérrez, quien contrajo matrimonio con María Nicolasa Hurtado de Mendoza, unión de la que nació el poeta y revolucionario villareño. Se conoce que tuvo, al menos, otro hermano, llamado Mateo Gutiérrez, quien se encargó de la manutención de la esposa y la vasta prole de Miguel Jerónimo, una vez que este marchó a la manigua. Entre sus antepasados figuraban algunos de los primeros pobladores de la villa de Santa Clara, fundada en 1689, quienes se trasladaron allí desde San Juan de los Remedios. Se trataba de una familia de

<sup>1</sup> Luis Marino Pérez: *Biografía de Miguel Jerónimo Gutiérrez*, Editorial Hércules, La Habana, 1957, p. 10. Salvo que se indique lo contrario, la mayor parte de los datos han sido tomados de esta fuente, en la cual también se reproducen íntegramente escritos y testimonios de varios autores. Sin embargo, a partir de la contrastación con otros textos, se han detectado algunas imprecisiones, de las cuales se ha tomado nota con el objetivo de esclarecer al máximo el itinerario vital, el pensamiento y las obras de Miguel Jerónimo Gutiérrez.

una posición económica relativamente desahogada y con arraigo social en el territorio.

El patriota villaclareño estudió sus primeras letras en el plantel de los padres de San Francisco de Asís, radicado en su villa natal. En un artículo publicado en el periódico *Patria*, en 1893, se hace referencia a “estudios posteriores”, sin especificar la índole de los mismos. Se trata, seguramente, de la formación autodidacta que fue adquiriendo a través de variadas lecturas. En un discurso que pronunciaría en ocasión del fin de los exámenes en el Colegio Superior de San Ildefonso, muestra gratitud por los antiguos maestros de la localidad, respecto a quienes afirma que “con tanto afán y conciencia me daban las únicas lecciones que aprendí”<sup>2</sup> Sí manifestó en más de una ocasión su amor por el progreso y la enseñanza. En este sentido, aseveraba que abrir un colegio significaba “dar paso a la luz de la inteligencia”.<sup>3</sup>

A partir de su empeño personal, logró forjarse una cultura bastante sólida que le permitió ejercer el oficio de procurador público e incursionar en el campo de la literatura. Sus primeros pasos como escritor fueron muy

tempranos, pues a la edad de 18 años ya publicaba sus textos en *El Eco de Villaclara*.<sup>4</sup> Además, colaboró en otras publicaciones de su terruño como *La Alborada*, *La Guirnalda Literaria*, *El Central*, *El Alba* y *La Época*, entre otros que circularon en distintos lapsos del siglo XIX. También concibió algunas piezas teatrales que no serían publicadas, pero sí se representaron en la villa del Bérico.<sup>5</sup> Entre ellas se encuentra la comedia de costumbres titulada “Idealismo y realidad”, que escribiera en 1848 junto a Manuel Dionisio González y Eligio Capiró. Asimismo, estuvo entre los autores de las piezas “Solo mi dinero” y “El judío errante”, aunque fue más asiduo al cultivar el género poético.

El coronel Fernando Figueredo califica a Gutiérrez como “la modestia personificada”, además de referirse a su carácter silencioso y maneras pausadas.<sup>6</sup> Sin embargo, los citados ejercicios literarios y el oficio de procurador, aunados a la antigua y prestigiosa presencia de su familia en la villa, lo colocaron en la posición de una figura pública, socialmente reconocida. En 1869, cuando las autoridades coloniales incautaron sus documentos, tenía alrededor de 120 poderes otorgados

<sup>2</sup> “Discurso leído al terminarse los exámenes del Colegio Superior de San Ildefonso el día 18 de diciembre de 1866”, en Luis Marino Pérez: Ob. cit., p. 188. El subrayado es de los autores.

<sup>3</sup> “Discurso leído en la apertura del colegio de niñas Nuestra Señora del Carmen”, 17 de julio de 1866, en Luis Marino Pérez: Ob. cit., pp. 187-188.

<sup>4</sup> Luis Marino Pérez: Ob. cit., p. 24. Este autor también nos dice que Miguel Jerónimo, a la edad de 22 años, “ya había adquirido fama de poeta” y ciertos versos de su autoría fueron incluidos en la colección titulada *Cuba poética*, de 1855, que tuviera entre sus editores a José Fornaris (p. 24). Incluso, cita más adelante tres poemas que, supuestamente, aparecieron en páginas de esta colección. Sin embargo, se ha consultado el ejemplar de esta edición de *Cuba poética*, obrante en la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí, y no figuran tales versos, por lo que debe tratarse de un error.

<sup>5</sup> Así se ha denominado también a Villaclara en razón de las características del río de este nombre que nace en Las Palmas y desemboca en Sagua la Grande.

<sup>6</sup> Ápud Luis Marino Pérez: Ob. cit., p.18.

por un número similar de clientes, contactos que, eventualmente, pudieron ser de utilidad para otros fines, en particular el movimiento insurreccional. En 1860 estuvo entre los fundadores del Liceo de Santa Clara, sede del movimiento cultural de la villa y también, subrepticamente, de actividades políticas en las que fue fraguando la vocación independentista.

Su propia vivienda constituyó un eje significativo del movimiento cultural de mediados del siglo XIX en la villa. Allí se celebraban frecuentes tertulias a las que acudían jóvenes entusiastas de las artes y las letras, al



Imagen de Miguel Jerónimo Gutiérrez que se conserva en la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí

tiempo que se iban definiendo derroteros políticos. Existen numerosas referencias a este tipo de actividades y al papel de Gutiérrez como aglutinador de voluntades. Varios poetas de la localidad le dedicaron sus versos en gesto de sincera amistad, entre ellos Manuel Dionisio González Llanes.<sup>7</sup>

El patriota villaclareño también tuvo contactos con algunas figuras que, en 1851, estuvieron vinculadas a los conatos insurreccionales de Narciso López. En estos tomó parte el villaclareño Luis Eduardo del Cristo (1820-1871), quien fue expatriado y se estableció en México. Una vez restablecida la calma, viajaba a Santa Clara “cada 3 ó 4 años”.<sup>8</sup> Allí residía su hermano, Juan Nicolás del Cristo, uno de los conspiradores de la localidad. Miguel Jerónimo Gutiérrez agasajaba a Luis Eduardo con una cena en cada una de estas visitas, pues ambos hermanos eran sus contemporáneos y amigos personales.

Un caso similar fue el de Manuel Hernández Echerri, profesor de Sagua la Grande nacido en Trinidad, hermano de Fernando Hernández Echerri (1823-1851). Este último fue ejecutado por las autoridades españolas tras la causa que se le siguió por su protagonismo en el alzamiento de algunos vecinos de la villa, que se llevó a cabo en coordinación con los planes de Narciso López.

<sup>7</sup> Véase Manuel García Garófalo: *Los poetas villaclareños*, Imp. J. Arroyo, La Habana, 1927.

<sup>8</sup> Luis Marino Pérez: Ob. cit., pp. 36-37.

Manuel, el hermano que sobrevivió a Fernando, estuvo vinculado al movimiento insurreccional de 1868. Cuando visitaba Villaclara con estos fines, “se alojaba siempre en casa de Miguel Jerónimo Gutiérrez”.<sup>9</sup> También estos hermanos eran contemporáneos del prócer villaclareño, pero no se conoce si mantuvo contacto con Fernando. En 1851, cuando tienen lugar estos brotes insurgentes, Miguel Jerónimo Gutiérrez era un joven de casi treinta años. Si bien no tomó parte en el mismo, estos nexos permiten suponer que había simpatizado con el movimiento de Narciso López, cuya dudosa proyección anexionista no impedía que fuera apoyado moralmente por los separatistas de distintas posiciones ideológicas.

El 3 de junio de 1849, Miguel Jerónimo Gutiérrez había contraído matrimonio con Ángela Cándida Quirós, de cuya unión nacieron nueve hijos, nombrados Daniel, Filomena, Manuel, Luis, Benjamín, Rafael, Teresa, Ángela y Juan Bautista. El mayor, Daniel Gutiérrez Quirós, marchó a la manigua junto a su padre. El más pequeño, Juan Bautista, en agosto de 1869 se encontraba aún “en la edad de la lactancia”,<sup>10</sup> cuestión que debió hacer más dura para su padre la separación al tomar la senda del sacrificio patriótico. Varias personalidades que mantuvieron vínculos estrechos con el prócer villaclareño hacen referencia a su amor inmenso por la familia que había quedado atrás, sumida en la pobreza, víctima de las represalias económicas del gobierno Español.

<sup>9</sup> *Ibíd.*, p. 38.

<sup>10</sup> Ángela Quirós: Instancia al Alcalde Mayor de Villaclara, 9 de agosto de 1869. *Ápud* Luis Marino Pérez: *Ob. cit.*, pp. 108-109.

<sup>11</sup> Luis Marino Pérez: *Ob. cit.*, pp. 123-125.

Incluso, Ángela Quirós hubo de exponer dignamente su situación ante las autoridades y solicitar que le fuera devuelta, al menos, su máquina de coser, la cual necesitaba para el sustento de la prole.

Gutiérrez tuvo ciertos nexos con el movimiento anexionista y con el reformismo, si bien parecía tratarse de tácticas coyunturales, dentro del ámbito de lo posible en cada momento histórico, que cedieron terreno ante la contumacia de España y el apogeo del movimiento insurreccional. La corriente reformista tuvo un nuevo auge a mediados de la década de 1860. Precisamente en 1865, en el mes de noviembre, fue convocada la Junta de Información de Ultramar, en Madrid, a la que debían acudir dieciséis representantes de la Isla. En Villaclara, inicialmente fue electo Manuel Fernández Bramosio, pero este también había triunfado en Cárdenas y resultó más factible que representara a esta última ciudad. Así, se postuló y venció un segundo candidato, Francisco Frías y Jacott, conde de Pozos Dulces, quien no había sido electo en La Habana.

Tanto Bramosio como el conde de Pozos Dulces contaron con todo el apoyo de Miguel Jerónimo Gutiérrez, Eduardo Machado y otros villaclareños progresistas. En 1866, Gutiérrez escribió un poema dedicado al conde que fue leído como homenaje de despedida en La Habana, en la cubierta del vapor que lo conduciría a la Península. En la última estrofa, repite tres veces la frase “¡Adiós y Libertad!”.<sup>11</sup>

En enero del propio año 1866, el periodista español Eduardo Asquerino, director del periódico matritense *La América*, visitó Villaclara. Se trataba de un connotado reformista que abogaba por la implantación de medidas salvadoras en Cuba y Puerto Rico, quien se encontraba de visita en el país para pulsar opiniones y obtener apoyo. En Villaclara también fue muy bien acogido, pues sus ideas coincidían en gran medida con las de los reformistas del territorio. Asquerino fue protagonista, al menos, de tres actividades: el recibimiento, la despedida y un banquete que se celebró en su honor, en el que varios concurrentes pronunciaron discursos laudatorios y tomó parte Miguel Jerónimo Gutiérrez.

El banquete fue reseñado con los mayores aplausos por *La Época*, periódico dirigido por Eduardo Machado, y otros órganos de prensa, asumido además como expresión de coincidencia absoluta de ideales entre liberales insulares y peninsulares. Se afirmaba en el artículo que, tras la presencia de Asquerino y las promesas de reformas, bajo el gobierno de Domingo Dulce, se habían estrechado los vínculos entre Cuba y “la Madre Patria”. Incluso, concluía sentenciando: “nunca hemos sido tan buenos españoles como ahora”.<sup>12</sup> El general Domingo Dulce ocupaba la Capitanía General de la Isla como resultado del triunfo de la Unión Liberal en España, cuyos miembros más destacados tenían estrechos nexos con la oligarquía azucarera cubana. El propio Dulce estaba casado con la más rica propieta-

ria azucarera cubana de la época, la condesa de Santovenia. Existía, por tanto, una tendencia por parte del gobierno Español, tanto en la Península como en la Isla, a producir reformas que incluían la abolición paulatina e indemnizada de la esclavitud.

Sin embargo, en el banquete ocurrió un incidente que no recogió *La Época*, pero del cual sí trascendieron algunos elementos en el periódico cienfueguero *El Telégrafo*, además de que testigos del mismo lo comentarían con posterioridad. Francisco Javier Balmaseda, escritor remediano, contemporáneo de Miguel Jerónimo, que fuera deportado más tarde a Fernando Poo, sintetiza así el percance: “El ciudadano Gutiérrez, sin embargo, que desde el principio de su vida ha sido radical en política, le habló en un banquete [a Asquerino] con el acento de la verdad acerca de los ultrajes inferidos por España á Cuba, y cuáles debían ser y eran las aspiraciones de ésta. Sus palabras, expresadas con vehemencia, dieron lugar á una seria explicación entre los dos; el cubano sostuvo con entereza cuanto había dicho, y el español mostró quedar convencido de la justicia que le asistía”.<sup>13</sup>

De acuerdo con Luis Marino Pérez, quien tuvo noticias de lo acaecido por fuentes orales, el discurso de Gutiérrez sí puso de manifiesto los agravios que le había inferido la metrópolis al pueblo cubano; pero ante el disgusto evidente del invitado, algunos amigos lo interrumpieron y le fue arrebatado de las manos el documento contentivo del discurso, pues este texto podía com-

<sup>12</sup> *La Época*, Villaclara, 29 de enero de 1866. Ápud Luis Marino Pérez: Ob. cit., pp. 29-30.

<sup>13</sup> Ápud Eleuterio Llofríu y Sagrera: Historia de la insurrección y guerra de la isla de Cuba, tomo III, Imprenta de la Galería literaria, Madrid, 1871, p. 389.

prometerlo.<sup>14</sup> Al parecer, el incidente quedó zanjado de un modo u otro y el visitante fue despedido con todos los honores, en el contexto de la efervescencia que provocaba la posibilidad de cualquier cambio en el statu quo de la Isla. El relato de la despedida, publicado también en *La Época*, da fehaciente prueba del lugar que Miguel Jerónimo Gutiérrez ocupaba naturalmente en la comunidad, si bien, al parecer, tenía también la intención de acallar posibles comentarios y mostrar un clima de total entendimiento:

En el momento final de la despedida, el Sr. Asquerino manifestó serle imposible consagrar una manifestación particular a cada uno de tantos que le rodeaban, y extendiendo sus brazos a nuestro amigo D. Miguel Jerónimo Gutiérrez, y estrechándole en ellos, expresó con sentidas palabras que esa demostración bastaría para expresar a todos los concurrentes los afectos de que se hallaba poseído. A estas palabras tan significativas el Sr. Gutiérrez, profundamente conmovido manifestó al Sr. Asquerino que en aquel momento se arrogaba la representación de Villaclara progresista.<sup>15</sup>

Indudablemente era un pacto circunstancial “de caballeros”. Todo dependía de si se llevaban a cabo las reformas e, incluso, el alcance de las mismas. De acuerdo a ello serían los acercamientos o distanciamientos que se producirían a tenor de las circunstancias que se crearan.

No es posible determinar la fecha exacta en que comenzaron en Villaclara los preparativos insurreccionales, cuándo cuajaron en un movimiento con fines bélicos los ideales separatistas que permanecían latentes. La región ya tenía una tradición insurreccional desde tiempos de López y Armenteros. Hay varias referencias de pronunciamientos y de discusiones abiertamente independentistas. Lo cierto es que a partir de 1862 comenzaron a surgir logias masónicas y liceos con una tónica más radical que la que solía presentarse en los discursos públicos. Estos últimos tenían un acento más de inquietud social, centrados en aspectos políticos, educacionales y de otros tipos que, de un modo u otro, terminaban con una aspiración no siempre realizable en los marcos de las estructuras coloniales. Para los momentos en que se produce el fracaso de la Junta Reformista en España, lo cierto es que ya existían grupos conspiradores en las distintas jurisdicciones del Departamento del Centro. Es de destacar la existencia de redes de comunicación secretas entre los distintos grupos de las regiones del Centro y las de Occidente, en particular Jagüey Grande. Algunos autores, como Vidal Morales y Morales, Manuel García Garófalo y el propio Luis Marino Pérez, reafirman que aún antes del estallido insurreccional del 10 de octubre de 1868 se venía organizando el levantamiento del territorio. En este proceso ejerció un significativo liderazgo Miguel Jerónimo Gutiérrez.

<sup>14</sup> Luis Marino Pérez: Ob. cit., pp. 30-31.

<sup>15</sup> *La Época*, Villaclara, 29 de enero de 1866. Ápud Luis Marino Pérez: Ob. cit., pp. 29-30.

De acuerdo con Vidal Morales, en diciembre de 1868 ya funcionaba plenamente la Junta Revolucionaria de Villa Clara, la cual envió comisionados al resto de jurisdicciones villareñas y a la Junta Central de La Habana, que dirigía José Morales Lemus.<sup>16</sup> Miguel Jerónimo Gutiérrez fue el presidente de esta Junta, integrada además por Antonio Lorda, Eduardo Machado, Tranquilino Valdés, Arcadio García y otros conspiradores. Era el de mayor edad entre los cinco miembros principales de la Junta, lo que explica que fuera electo para presidir la misma. A ello se agregaba su prestigio y el hecho de que había permanecido casi toda su vida en el terruño. Recibiría más tarde, afectuosamente, el apelativo de “El viejo”.

Algunos elementos resultan reveladores de su ascendiente en la comunidad y dentro del movimiento independentista. Por ejemplo, cuando la conspiración estaba en marcha los telegrafistas le proporcionaban directamente los partes y otras comunicaciones cursadas entre el capitán general y las autoridades de la villa. Así, en enero de 1869, supieron los conspiradores que dichas autoridades conocían la existencia del movimiento, pero no habían logrado identificar a los “cabecillas”. Incluso, hay indicios de que un sargento y otros efectivos de la guarnición española llegaron a comprometerse con los revolucionarios. Se trataba del batallón de Tarragona, apostado hacía ya tiempo en esta plaza.<sup>17</sup> Estos complejos lazos se entrete-

jieron con el concurso, entre otros, de Miguel Jerónimo Gutiérrez.

En enero de 1869, Gutiérrez había efectuado un breve viaje a La Habana para continuar sus contactos con laborantes de la capital, sobre todo con miembros de la Junta Revolucionaria. Se sabe que muchos de los dirigentes villareños, como lo habían hecho los orientales y camagüeyanos, hacían estas visitas a la capital para entrevistarse en secreto con Vicente Antonio de Castro o con Joaquín Fabián Aenlle y Mongeoti, principales dirigentes del cuerpo masónico al que pertenecían las logias más destacadas que conspiraban en la Isla. La relación entre estas dos figuras y la llamada Junta Revolucionaria, dirigida por José Morales Lemus, es aún desconocida. De hecho, no consta la reunión de los villareños con Castro o Aenlle, pero sí existe información acerca de su reunión con Morales Lemus. Este le hace la promesa a los villaclareños de, una vez que tomaran las armas, apertrechar y enviar una expedición en auxilio de las tropas, incluso con la precisión de que esta arribaría por la zona de Granadillo. Sin embargo, Morales Lemus también les sugirió aplazar el alzamiento y no dirigirse a Occidente para no afectar económicamente a los hacendados y preservar la riqueza del país. Evidentemente, algunos pretendían manejar la insurrección como un factor de presión sobre el gobierno español para satisfacer demandas reformistas o autonómicas, sin arriesgarlo todo por la causa de la independencia.

<sup>16</sup> Vidal Morales y Morales: *Hombres del 68. Rafael Morales y González*, Imprenta y Papelería de Rambla y Bouza, La Habana, 1904, p. 156. Esta información le fue proporcionada al autor por Manuel García Garófalo, investigador y bibliógrafo nacido en Santa Clara, en 1853, quien desde su adolescencia mantuvo ciertos vínculos con el movimiento conspirativo.

<sup>17</sup> Luis Marino Pérez: Ob. cit., p. 38.

A pesar de estas recomendaciones, el levantamiento de los villaclareños resultaba perentorio, pues el ambiente estaba caldeado y ocurrían constantes altercados entre partidarios de la independencia y quienes defendían a todo trance la llamada “integridad nacional”. El 30 de enero de 1869, la Junta Revolucionaria tuvo noticias de que las autoridades españolas ya conocían los nombres de los principales conspiradores y, por consiguiente, se dispondrían a aprehenderlos cuanto antes. Por ello, se acordó efectuar el levantamiento “el primer día de Carnaval”, es decir, el 7 de febrero de 1869.<sup>18</sup> Los villaclareños se alzaron el día 6 en San Gil, durante la jornada siguiente se unieron las partidas insurrectas de las jurisdicciones de Las Villas, en el Cafetal González.

Miguel Jerónimo Gutiérrez iba al frente de sus compatriotas de Villaclara, cuyo número algunos autores, incluyendo el propio Eduardo Machado, estiman en más de cinco mil.<sup>19</sup> Posiblemente, su influencia moral había contribuido a movilizar tal número de hombres, a pesar de que escaseaban las armas de manera alarmante. Aún queda la duda de si durante la década de 1860, en sus concepciones patrióticas, Gutiérrez había transitado desde el reformismo hacia el independentismo o, por el contrario, siempre fue partidario de la libertad de Cuba.

Entre sus primeras acciones estuvo, de acuerdo con un artículo publicado

años después en *Patria*, la redacción y firma del acta de independencia durante la jornada en que tuvo lugar el alzamiento. Asimismo, leyó un discurso en el que enumeró las razones morales del movimiento revolucionario y la necesidad de sostener a ultranza el independentismo frente a las alternativas más tibias.<sup>20</sup> Aunque estos documentos hasta el presente no han sido localizados, en el expediente que incoaron las autoridades para embargar sus bienes, sí consta que firmó algunas proclamas y bonos.<sup>21</sup>

Resulta interesante el testimonio de uno de los testigos que fueron interrogados entonces para determinar el grado de participación de Miguel Jerónimo Gutiérrez en los acontecimientos en curso. Se trataba de un asturiano llamado Sabino G. Goya, quien rindió su declaración el 25 de junio de 1869. Entre las preguntas que le realizaron estuvo la de exponer “si todas las fuerzas insurrectas de este departamento estaban a las órdenes de Gutiérrez o lo eran exclusivamente a cada uno de los cabecillas que las mandan”. Al respecto, respondió Goya que, según había podido percibir, “este señor nombraba generales, jefes y oficiales y los removía a su antojo y que cada uno de éstos operaba con arreglo a las instrucciones que de dicho señor recibía”.<sup>22</sup> Aún sin experiencia bélica, el prócer villaclareño ejerció el mando desde su sagacidad, prestigio y probado patriotismo.

<sup>18</sup> Luis Lagomasino: “El Pronunciamiento de Las Villas en Febrero de 1869”, Grito de Baire, junio-julio de 1901, pp. 6-14. Ápud Luis Marino Pérez: Ob. cit. pp. 40-42.

<sup>19</sup> Eduardo Machado: *Autobiografía*, Universidad de La Habana, La Habana, 1969, p. 11.

<sup>20</sup> *Patria*, 6 de marzo de 1893. Ápud Luis Marino Pérez: Ob. cit., p. 45.

<sup>21</sup> Luis Marino Pérez: Ob. cit., pp. 45-46. Este autor consultó dicho expediente en el Archivo Nacional de Cuba.

<sup>22</sup> Ápud Luis Marino Pérez: Ob. cit., p. 46.



Generalmente se considera a Gutiérrez un hombre de cierto caudal, como fue el caso de otros jefes, pero no es probable que sus funciones de procurador público le hayan permitido vivir en la opulencia, amén de que debía ocuparse de la manutención de una familia numerosa. Los bienes que le fueron embargados al incorporarse a la insurrección consistían en la casa donde vivía con su familia, la número 22 de la calle Candelaria, junto con los muebles, así como otra casa emplazada en la calle Colón con el número 15. Asimismo, poseía dos potreros y las tres cuartas partes de un trapiche, los dos primeros en Báez y el trapiche en Malezas. Laboraban en el mismo dieciséis chinos y tres esclavos, quienes se incluyeron en dicho embargo.<sup>23</sup> En realidad, los llamados potreros constituían casi siempre terrenos baldíos y el trapiche, por las rudimentarias técnicas productivas y la mínima fuerza de trabajo empleada, seguramente no tuvo una producción a gran escala.

Se dice que un amigo de Gutiérrez, quien se encontraba al servicio del gobierno español, había tratado de disuadirlo de continuar la bizarra empresa de la insurrección, comunicándole, entre otros elementos, que dichos bienes serían embargados. Al tiempo que le aseguraba el indulto si decidía deponer las armas, le advertía que en caso contrario ello representaba un peligro para su familia, pues las autoridades se disponían a allanar su morada. El prócer villaclareño respondió: “Cuando he venido al campo a luchar por las libertades de Cuba, he

tenido consciencia de lo que arriesgo. La vida, la hacienda y la familia, no valen nada a costa del honor”.<sup>24</sup>

Pocas semanas después del alzamiento, la situación se hizo insostenible por la carencia de pertrechos y las características topográficas de la región. Se celebró entonces una “tenida extraordinaria”, en la cual se debatieron los distintos pareceres, resumidos básicamente en la opción de marchar a Occidente o replegarse hacia Oriente. Lo primero implicaba apoderarse de las armas españolas, destruir ingenios y sublevar las dotaciones; mientras que la segunda alternativa tenía por objeto acudir a Céspedes para obtener las armas que con tanta urgencia se requerían. Esta última fue la que triunfó, ante las “sombrias reflexiones” de Miguel Jerónimo Gutiérrez, basadas sobre todo en el temor a tropelías que pudieran cometer las masas de esclavos liberados.<sup>25</sup> En otras circunstancias, sin embargo, el prócer villaclareño sí fue defensor de la abolición pero condicionada.

Antes de que finalizara el mes de marzo, en la finca La Candelaria, sita en Magarabomba, los cinco principales de la Junta villaclareña se encontraron con comisionados del comité revolucionario de Camagüey. En esta reunión, Miguel Jerónimo Gutiérrez y la mayor parte de los miembros de la Junta se mostraron partidarios, inicialmente, de ponerse a las órdenes de Carlos Manuel de Céspedes. Sin embargo, también sabían que era imprescindible un pacto con los camagüeyanos y con las propias fuerzas

<sup>23</sup> Luis Marino Pérez: Ob. cit., p. 106.

<sup>24</sup> Luis Marino Pérez: Ob. cit., p. 50.

<sup>25</sup> Eduardo Machado: Ob. cit., p. 12.

orientales para llevar a buen término la guerra. La celebración de la Asamblea de Guáimaro se debió, en gran medida, a la mediación de la Junta Revolucionaria de Villaclara, en cuyas gestiones Gutiérrez jugó un papel destacado.

Entre los días 10 y 11 de abril tuvieron lugar las sesiones de la Asamblea. Sobre la actuación personal de Gutiérrez, consta que fue quien propuso una de las enmiendas al proyecto de constitución: que fuera el presidente de la República quien nombrara al general en jefe del ejército, en lugar de la Cámara de Representantes. Su posición era la de fortalecer la autoridad del presidente, seguramente para hacer más expedito su mando y viabilizar la conducción de la guerra. Dicha enmienda no fue aprobada. Al día siguiente fueron electos los miembros de la Cámara de Representantes, entre ellos Miguel Jerónimo Gutiérrez como su vicepresidente.<sup>26</sup>

En el acta de esa misma jornada se afirma que varias personas presentaron la petición de que la Cámara de Representantes “dirija manifestaciones en sentido anexionista a la República de los Estados Unidos: asunto que fue sometido al estudio de una comisión”. Para integrar la misma fueron nombrados Miguel Jerónimo Gutiérrez y otros cuatro individuos, pero no constan sus deliberaciones ni la posición personal del prócer villaclareño. Con posterioridad, se acordó no

solicitar la anexión, sino un protectorado de los Estados Unidos para poner fin a la dominación española.<sup>27</sup> En siguientes sesiones de la Cámara de Representantes afloraron nuevamente pronunciamientos anexionistas, pero el curso de la guerra, con su empuje a la nacionalidad en ciernes, junto a la actitud esquivada del gobierno norteamericano, contribuyó a desechar para siempre esta opción política.

El día 12, tras la ceremonia de investidura del presidente de la República en Armas y del general en jefe, fue Gutiérrez quien pronunció el discurso de clausura, antes de que el presidente cerrara la sesión. Dicho texto no se ha conservado. Su itinerario tras la estancia en Guáimaro vuelve a revelarse a principios de julio de 1869. El día 4 los miembros de la Cámara se encontraban en el ingenio Sabanilla, que no distaba mucho del poblado de Sibanicú. Decidieron efectuar una reunión pública para celebrar la declaración de independencia de los Estados Unidos. Varios de los asistentes pronunciaron discursos; pero solo se ha conservado el de Miguel Jerónimo Gutiérrez. Como resulta conocido, según recontaba Manuel Sanguily, el villaclareño hizo votos de “¡Viva Cuba, libre y esplendorosa estrella de la Constelación Americana!”.

Las razones de esta actitud pudieran ser varias, compartidas en muchos casos por otras figuras de la insurrección, pero la buena fe de Gutiérrez, su

<sup>26</sup> *Comunicaciones de la Cámara de Representantes desde el día 10 de Abril de 1869, hasta el día 10 de junio del mismo año*, La Universal, La Habana, 1919.

<sup>27</sup> Ello consta en una comunicación dirigida a José Morales Lemus y suscrita por Antonio Zambra, de 15 de abril de 1869, en la cual este afirma que se había considerado más conveniente la alternativa del protectorado que la anexión; pero se le dejaba en libertad de no presentar dicho documento, si lo consideraba contraproducente. *Comunicaciones de la Cámara de Representantes desde el día 10 de Abril de 1869, hasta el día 10 de junio del mismo año*, Ob. cit., p.27.

probidad como patriota y el martirio que hubo de padecer, debieran constituir elementos prevalentes para interpretar su posición. En primer lugar, esta pudo ser coyuntural, pues aún cuando pudiera avizorarse el triunfo de las armas cubanas, en el mejor de los casos sería a largo plazo y con un alto costo de vidas humanas y recursos económicos, que dejarían exhausto al país. En caso de derrota, podía suponerse que España iba a recrudecer la represión política y las exacciones. Ello explica que los patriotas cubanos, en la etapa inicial de la insurrección, decidieran recurrir al gobierno norteamericano en busca de apoyo, utilizando en ocasiones fórmulas rayanas en la anexión. Por otra parte, los Estados Unidos eran considerados entonces un símbolo de la democracia, además de que su sistema de gobierno, federativo, le permitía a cada estado conservar cierta autonomía. En definitiva, fue una alternativa que “cayó en combate”, en la lucha denodada de los cubanos por la libertad, ante la calculada postura de desconocer la beligerancia cubana que prevaleció en la alta política norteamericana.

De los cinco miembros de la Junta Revolucionaria de Villaclara, el único que no era masón era Miguel Jerónimo Gutiérrez. Durante las jornadas de Guáimaro se había creado la logia masónica Independencia y nombrado al presidente de la República, Carlos Manuel de Céspedes, su venerable. Esta logia inició sus actividades meses después en Ciego Najasa. Según Eduardo Machado, Gutiérrez fue ini-

ciado en la misma el 1 de noviembre de 1869.<sup>28</sup> La precisión de la fecha indica que Machado fue testigo presencial del acontecimiento.

El 2 de diciembre de ese año, Gutiérrez rubricó una proclama dirigida expresamente a los “Hijos de Villaclara”, en la que hace referencia a “la santa y sagrada causa, la causa de nuestra independencia”, sin aludir a los Estados Unidos ni a otra alternativa política. El hecho de que estuviera dirigida a los villaclareños, evidencia que el autor contaba con su influencia social y moral sobre sus coterráneos para fortalecer los ánimos, pero además debía poner coto a las desertiones que se estaban produciendo en una compleja coyuntura, pues la escasez de armas continuaba dilatándose y ello constituía un factor desmoralizador muy peligroso. Las autoridades españolas no dejaban de aprovechar la situación para implementar políticas de atracción y ofrecer el perdón a los insurrectos que se presentaran.

El texto de Miguel Jerónimo Gutiérrez, signado por cierto exceso de optimismo, al mismo tiempo era sincero y pretendía precisamente alentar a quienes aún se mostraban vacilantes, como se aprecia en su colofón: “Conciudadanos, firmeza, valor, esperanza y pronto el aire purísimo de la libertad bañará toda la superficie del suelo más hermoso de la tierra”.<sup>29</sup>

El 17 de diciembre de ese año, el patriota villaclareño se encontraba en Palo Quemado, pues allí firmó, como presidente interino de la Cámara, una comunicación dirigida al general

<sup>28</sup> Eduardo Machado: Ob. cit., p. 16.

<sup>29</sup> Miguel Jerónimo Gutiérrez: Comunicación, 2 de diciembre de 1869. Ápud Luis Marino Pérez: Ob. cit., pp. 99-101.

Manuel de Quesada anunciándole su democión como jefe del ejército. Durante el año 1870 no ha aparecido ningún dato alusivo a sus movimientos; pero en la primavera del año siguiente le escribe a Carlos Manuel de Céspedes desde Sancti Spíritus, donde se encontraba inmerso en las gestiones propias de su cargo. Esta carta aparece fechada por error en 1870, pero fue escrita el 13 de abril de 1871, justo una semana antes de su muerte.<sup>30</sup>

En la misiva le comenta el triste deceso de Arcadio García, que había tenido lugar el día 4 de ese mes. También expone parte de su itinerario tras haberse despedido de Céspedes: “estuve como mes y medio sin poder salir del Camagüey, y que cuando tomamos definitivamente camino para este Estado, en la primera jornada se me cansó el caballo, que pude reponer a duras penas con una mala yegua, que a poco abortó dejándome a pie, de cuyo modo he hecho el camino con la angustia que V. puede imaginar, y para mayor desgracia, en el segundo encuentro que tuvimos con los españoles, perdí carga y bagaje, pudiendo recalar al fin al rancho del malogrado Arcadio, del que me he visto forzado a salir, sin que hasta ahora haya logrado conseguir bestia ni elemento para regresar a ese centro”.<sup>31</sup>

El año 1871 fue el más difícil de la revolución. La ofensiva española y las defecciones hacían notables estragos en las filas revolucionarias. Ante aquella difícil situación, la Cámara de Representantes había acordado enviar a

sus miembros a los campamentos para infundir ánimo a las tropas. Gutiérrez se levantó y manifestó que, a pesar de sus años y de su salud quebrantada, exigía que le permitieran marchar a Occidente a cumplir el acuerdo tomado. Marchó a las Villas junto con su hijo Daniel. Atravesó la trocha de Júcaro a Morón en interminables jornadas hasta llegar a Sancti Spíritus. Se albergó en la morada de C. Cañizares que se encontraba en los espesos y abruptos bosques de Monte Oscuro.

Se consideraba un lugar seguro, pero la traición llevó a los guerrilleros españoles hasta ese lugar. El traidor se llamaba Miguel Castellón, que guió a la guerrilla enemiga hasta donde se encontraba la pequeña partida de patriotas. A media noche, cuando los patriotas, vencidos por la fatiga dormían, una descarga cerrada los sorprende. Todos tratan de escapar, pero la mayor parte de ellos caen en la contienda. El patricio villareño cae herido y es hecho prisionero. Las bestias de la guerrilla hispana lo colocan de bruces sobre un asno, aún con vida, e inician el retorno con el trofeo humano. La vereda es estrecha, de forma tal que su cabeza “rebota de tronco en tronco, de roca en roca, y por sus labios moribundos, por donde se le escapa la vida, pedía que alguien terminara sus sufrimientos, poniendo fin a su existencia”.<sup>32</sup> Por último, un tiro de revólver, que le rompe el cráneo, puso término a sus sufrimientos. Tres días después las tropas de Fernando López de Queraltá ajusticiaron al delator Castellón.<sup>33</sup>

<sup>30</sup> “Una carta inédita de Miguel Jerónimo Gutiérrez”, *Cuba Contemporánea*, tomo III, no.1, Habana, septiembre de 1913, pp. 64-65.

<sup>31</sup> *Ibidem*.

<sup>32</sup> Luis Marino Pérez: *Ob. cit.*, p. 21.

<sup>33</sup> Eduardo Machado: *Ob. cit.*, p. 15.

Miguel Jerónimo Gutiérrez constituye una de las figuras más relevantes del pronunciamiento villaclareño. No formaba parte de la oligarquía azucarera. Su fortuna pudiera considerarse media. En un pueblo como Villaclara, su prestigio descansaba más en las actividades profesionales, en su activa participación en el mundo literario y en la influencia social derivada de sus conocimientos y actitudes. Sin que existan datos suficientes, hay indicios de que estuvo vinculado con movimientos conspirativos desde la conflictiva década de los años 1850, en los cuales las conspiraciones que se desarrollaron en la región villareña tuvieron diferentes matices, incluido el anexionismo. No obstante, la idea de la separación de Cuba de España, de poner fin al colonialismo, sí era común entre los conspiradores.

Lo cierto es que los jóvenes revolucionarios de los años 1860 encontraron en Gutiérrez la figura que podía encabezar, por su prestigio personal, el movimiento independentista en su villa. Quizás pudieran discutirse las ideas de este prócer en los comienzos de la guerra: su temor a una insurrec-

ción de esclavos y su marcada tendencia a la convivencia con el anexionismo. A estos argumentos se contraponen su firmeza en el ideal independentista, demostrado durante los escasos años que vivió bajo el rigor y la escasez del campamento mambí. Su muerte, una de las más terribles que se recuerda en los anales de las luchas independentistas cubanas, consecuencia de su interés en estar en las primeras filas del combate, lo coloca entre los héroes más consecuentes del movimiento independentista en sus inicios.

De Gutiérrez no hubo un contemporáneo que tuviera una expresión contraria a su destacada personalidad. Resaltan los que lo conocieron su amor y su angustia por su familia. No había día en que no hablara de su esposa e hijos. Se le ensombrecía el rostro solo de recordar los sufrimientos que les había acarreado su decisión. Amaba tanto a su patria que sacrificó lo más amado. De él destacan su elocuencia, su sinceridad y su limpieza de actuación. Iniciador de nuestras tiendas libertarias, es un ejemplo de los que tuvieron mucho y lo dieron todo; la vida en última instancia.



**TIPOS y COSTUMBRES**  
**EL MASCAVIDRIO**

